

Personajes, ideologías y circunstancias

Lo socialdemócrata
en Centroamérica

Nueva Sociedad
118
marzo
abril
1992

Edelberto Torres-Rivas

Es preciso analizar, una vez más, un fenómeno originalmente europeo que pareciera trasladarse al ambiente de sociedades de desarrollo capitalista dependiente y cambiar sus componentes constitutivos. Una ambigüedad fundamental se produce en el primer acercamiento al tema de la naturaleza de lo socialdemócrata en el subdesarrollo. En nuestro contexto, no representa una forma avanzada del movimiento obrero que por medio de reformas se propone superar el capitalismo.

*La conciencia histórica está atrapada entre el horizonte de espera
y el espacio de la experiencia... Paul Ricoeur*

La tentación eurocéntrica, de la que no podemos desprendernos instintivamente porque ella forma parte de nuestra íntima deformación cultural, facilita la homologación de situaciones diversas y hasta opuestas. Para el ordenamiento de tales diferencias o similitudes basta recordar dos cuestiones teóricas que están o acompañan el origen de este fenómeno que forma parte íntima de la cultura política europea. Por un lado la convicción de que el capitalismo, cuya expansión había elevado notablemente la riqueza de esa sociedad, puede ser *reformado* y al mismo tiempo, de que la única fuerza capaz de hacerlo en provecho universal y de la propia clase, es *la clase obrera*. En la posguerra todo habría de cambiar.

Edelberto Torres-Rivas: cientista social guatemalteco.

Palabras clave: crisis política, socialdemocracia, América Central.

Contra lo eurocéntrico

El capitalismo y la democracia sufrieron profundas mutaciones en la segunda mitad del siglo XIX en Europa. De la diversa percepción de tales cambios y de cómo aprovecharlos para el bienestar de la clase obrera surgió la contradicción política, ideológica y cultural entre *reforma o revolución*, comunismo o socialdemocracia. La fuerza teórica de esta dicotomía y sus profundas derivaciones en la acción política y en todos los órdenes de la vida social, incluida la emoción personal y colectiva, se transformaron en una permanente división de la izquierda europea, de la vida política en la que ella participa. La ideología internacionalista del marxismo soviético difundió esta doble vía de la cultura de izquierda a otros sitios del orbe, proclamando la verdad de la revolución mundial.

La verdad reformista, sin embargo, devino en un amplio convencimiento político después. Se abrió paso rápidamente en la segunda década de este siglo ante la evidencia experimentada por una generación de luchadores sociales, cada vez más convencidos de que el sistema capitalista no había entrado en bancarrota ni era previsible que lo hiciera, y porque tampoco se produjo la mayoría proletaria que en su desarrollo era de esperar. Además, el sistema creó instituciones políticas en las que se podía participar. La participación era una invitación irresistible para asegurar el cambio. Pero también fue el veneno de la revolución.

No sería oportuno, ni siquiera brevemente, recordar algunos de los acontecimientos que enfrentaron en el comienzo de este siglo, sucesivamente a Bernstein en el interior de la ortodoxia socialdemócrata alemana y luego a Kaustky en el seno de la II Internacional, donde la feroz polémica con Lenin se volvió herencia irrecusable del movimiento obrero y de la intelectualidad progresista. El tema ya no se limitó a *qué hacer con el capitalismo* sino propiamente *qué hacer dentro del mismo*. La discusión en el interior de la propia socialdemocracia entre la opción a participar y la de no prestarse al juego de clase se mantuvo en Europa prácticamente hasta 1930¹.

Las fuerzas democráticas en Centroamérica, herederas sin beneficio de inventario de esa tradición europea, también se dividieron hondamente entre reformistas y revolucionarios. Pero el sentido histórico de esta contradicción fue

1. La crónica documentada de esta discusión apasionante la hace A. Przeworski: «La socialdemocracia como fenómeno histórico» en su libro *Capitalismo y socialdemocracia*, Alianza Universidad, Madrid, 1988, pp. 17-59.

profundamente distinto en el seno de sociedades cuyo desarrollo económico y político era ajeno y lejano al europeo. Sólo aparece y tiene sentido, en los años que siguieron a la segunda posguerra, cuando se plantea por vez primera para los movimientos sociales *la posibilidad real* de transformar el orden político, las

***La modernización
 del Estado y
 de la sociedad
 en los programas
 de una izquierda
 joven, inexperta
 y provinciana,
 no pusieron nunca
 en duda
 las ventajas
 del capitalismo***

bases rurales que lo sustentan, la ideología que le sirve de justificación y aliento. La estrategia de sustituir el sistema (capitalista) por otro y las fuerzas políticas portadoras de esa propuesta, no aparecen sino tardíamente y sobre todo en los programas de los partidos comunistas o de los grupos guerrilleros en la década de los 60, cuando la Revolución cubana ya radicaliza sus posiciones.

Los aires frescos del desarrollo económico como opción razonada, el papel asignado al Estado como promotor del cambio (Cepal-Prebisch), los ideales democráticos, etc., sólo llegaron a Centroamérica, incompletos, en la década de los 50. De inmediato se formularon tales ideas como crítica ideológica a las viejas formas de dominio oligárquico. La renovación fue de orden intelectual y se expresó en todos estos países como la necesidad de tener, finalmente, un Estado de Derecho. La manera de asumir las urgencias del cambio, pospuesto largamente, se limitó durante mucho tiempo a reiterados intentos por superar el liberalismo de la república cafetalera. Ese fue el sentido que adoptaron las luchas por la democracia política, la denuncia contra el latifundio y los excesos de la riqueza terrateniente, la aspiración por expresiones simbólico-culturales nacionalistas, etc. La modernización del Estado y de la sociedad en los programas de una izquierda joven, inexperta y provinciana, no pusieron nunca en duda las ventajas del capitalismo. Lo que se combatía era el atraso social y económico, la dictadura, la violencia y arbitrariedad de los señores de la tierra como expresiones diversas de la ausencia de un verdadero capitalismo.

Arbenz y Figueres

No existe pues tradición socialdemócrata en Centroamérica en la expresión ideológica y política que originalmente tuvo en Europa. Sí hubo, en el seno de las luchas políticas que se iniciaron después de 1945, proyectos reformistas y revolucionarios, es decir, ideologías, métodos, discursos que se produjeron siempre en el interior de las fuerzas de izquierda. Comunistas y demócratas liberales compartían el afán por la modernización del Estado, del ejercicio del poder, de

la economía, de la cultura, de la sociedad entera. El peso del atraso político redujo la extensión de este desencuentro entre reformistas y revolucionarios a una pelea familiar y, precisamente por ello enconada, rencorosa.

Aquí no se buscaba reformar el capitalismo sino desarrollarlo. Ni ampliar la democracia sino establecerla primero. Se produjo, sin duda, una ruptura ideológica con la historia previa, con la ideología liberal y sus resultados en la historia concreta.

Hubo en la posguerra dos intentos señeros en Costa Rica y Guatemala, que representan dos versiones opuestas de una misma finalidad por reformar el sistema. Dos personalidades importantes de nuestra historia expresaron ese interés fundamental de la posguerra por asumir críticamente el atraso de la sociedad agraria-exportadora, hicieron intentos paralelos de voluntarismo político por democratizar y modernizar la sociedad por encontrar caminos para la justicia social, etc. Actuando en la misma dirección pero valiéndose de métodos diversos llegaron a lugares opuestos. Tan disímiles entre sí que el fracaso total y el éxito prolongado los clasifica de modo opuesto en la historia contemporánea. En verdad, lo diverso fue el tipo de sociedad de donde surgieron y actuaron.

Son justamente Jacobo Arbenz, revolucionario, y José Figueres, reformista, los que mejor representan esa tradición latinoamericana del pensamiento y la práctica progresista que tiene como punto de partida lo antioligárquico. Arbenz representa el pensamiento jacobino llevado a los límites, una forma avanzada de demócrata radical, impaciente como resultado inevitable de emerger de la experiencia de una sociedad de indios y ladinos, de población mayoritariamente permanente contra los campesinos discriminados, humillados, con una burguesía agraria sin ninguna sensibilidad por los valores sociales, que desde la Colonia concentra poder, orgullo y riqueza. Es nuestra hipótesis que en Guatemala la estructura social y cultural produce hombres radicales. Tanto a la derecha como a la izquierda. La violencia de la vida social alimenta la estrategia revolucionaria, que no da tregua.

La convicción revolucionaria transformada en política económica y aplicada sin vacilaciones se expresa concentrada, dura, directa, en la reforma agraria

***Son Arbenz,
revolucionario,
y Figueres,
reformista,
los que mejor
representan
esa tradición
latinoamericana
del pensamiento
y la práctica
progresista
que tiene como
punto de partida
lo antioligárquico***

**No hay reformismo
 en Centroamérica
 que no tenga
 un contenido
 antioligárquico
 y no existen grupos
 terratenientes
 que se modifiquen
 a sí mismos**

arbencista. Su interés básico, al aplicarla, era transformar Guatemala de una nación dependiente con una economía semicolonial, en un país económicamente independiente; transformar Guatemala, de un país atrasado con una economía semifeudal en un país capitalista moderno, para asegurar así una sustancial mejoría en el nivel de vida de la población². Lo revolucionario en el arbencismo fue no solo su discurso antioligárquico, su acendrado nacionalismo, su creencia en que el desarrollo capitalista disolvería la cultura autoritaria, la servidumbre campesina, etc., sino los métodos de que se valió. La reforma agraria que devolvió la tierra a más de 100.000 campesinos se apoyó, primero, en la activa movilización de éstos. Contribuye a perfilar la praxis revolucionaria de aquel momento el lenguaje antiimperialista, la prisa por el cambio aquí y ahora, la confianza exclusiva en las fuerzas populares, situar los conflictos en un plano ideológico, el voluntarismo exacerbado, etc.

La figura de Figueres ciertamente ejemplifica una evolución ideológica y práctica más sinuosa, probablemente porque dispuso de más tiempo³, toda una vida, en un temperamento calificado también por una poderosa voluntad para la acción⁴. Empieza de otra manera y, aparentemente, su encono original es de origen electoralista. Termina por representar un reformismo exitoso, lento y a veces equívoco pero de alcances mayores, que incluye la nacionalización bancaria, la reforma del Estado (incluida aquí nada menos que la desaparición del ejército), la modernización agrícola a través de la renovación del plantel cafetalero y de la institucionalidad electoral, impuestos al capital, etc. El figuerismo es, sobre todo, un proyecto de reforma estatal a partir del cual se reforma la socie-

2. Esta es una cita casi textual de uno de los puntos que fundamentan el Decreto 900, Ley de Reforma Agraria, emitido en mayo de 1952. Una notable descripción, documentada al máximo, de este proceso, de la personalidad de Arbenz y de las ideologías en juego en aquel momento se encuentra en el libro de Piero Gleijeses: *Shattered Hope, The Guatemalan Revolution and the US, 1944-1954*, Princeton University Press, Nueva Jersey, 1990.

3. Figueres repitió en más de una oportunidad que «las transformaciones sociales son lentas y largas. La lucha por la abolición de la esclavitud se prolongó más de dos siglos...». Discurso ante la Iuncad, cit. en Tomás Guerra: *J. Figueres, una vida por la Justicia Social*, Cedal, San José de Costa Rica, 1977, p. 245.

4. Hay varias biografías. Citamos la de Tomás Guerra (ob. cit.), una de las mejores. Existe una bibliografía numerosa sobre los escritos y discursos de Figueres, pero incompleta: *José Figueres, escritos y discursos 1942-1962*, que son un testimonio irrecusable de su recorrido ideológico. Hay también una sospechosa autobiografía (José Figueres: *El espíritu del 48*, Ed. Costa Rica, 1987) que es en verdad un escaso testimonio personal aunque escrito en primera persona, más una versión de sus colaboradores intelectuales.

dad. Figueres y la cohorte de dirigentes que lo siguen impulsan un capitalismo políticamente protegido por intermedio de un Estado decididamente promotor.

La modernización de Costa Rica después de 1950 no es producto de la voluntad de un solo hombre, ciertamente, y constituye una simplificación del sentido común imperante en este país atribuir a *Don Pepe* lo que es resultado de un amplio conjunto de coincidencias favorables para el cambio gradual. Aceptada esa simplificación, Figueres representa el reformismo victorioso, como resultado del papel extraordinario asignado al sector público. No hay reformismo en



Centroamérica que no tenga un contenido antioligárquico y no existen grupos terratenientes que se modifiquen a sí mismos. El figuerismo, que termina por identificarse con la socialdemocracia, se ganó desde el inicio el odio de la oligarquía costarricense.

Las circunstancias en las que Arbenz y Figueres actuaron fueron similares pero al ambiente de la Guerra Fría le sacaron provecho de manera exactamente opuesta. Ambos, fueron herederos de dos de los gobiernos democráticos y progresistas más importantes de la historia centroamericana, Arévalo en Guatemala y Calderón Guardia en Costa Rica. Aún más, sin las reformas de Arévalo (1945-1951) y Calderón Guardia (1940-1944) no se explicarían las posibilidades abiertas para Arbenz y Figueres. Este, en comparación con Arbenz, fue profundamente anticomunista y pronorteamericano; en su ascenso y gestión gubernamental debilitó al movimiento obrero y no permitió la organización campesina sino en cooperativas de producción. Su retórica estuvo a tono con las exigencias de la Guerra Fría.

Es bien sabido que la experiencia nacional-revolucionaria de Arbenz, de cortísima duración, termina con la derrota violenta del movimiento popular a manos de una alianza que solo ahora empieza a descomponerse: los militares, la burguesía agraria, los intereses norteamericanos. En cambio, la de Figueres, de larga duración en la vida política, resulta una experiencia exitosa de la pequeña y mediana burguesía, con un movimiento sindical debilitado y la abierta simpatía norteamericana. A su gestión y a su liderazgo, a su inspiración y a su voluntad se atribuye, con razón, una buena cuota de la modernización de la sociedad costarricense.

A comienzos de la década de los 50 se definió el curso futuro de la modernización centroamericana, entrampándose con formas contrarrevolucionarias y luego contrainsurgentes en Guatemala y El Salvador; sin lograr combinar la democracia con desarrollo como en Honduras y Nicaragua. Solo Costa Rica fue la excepción.

Ortega y Arias

La tormenta política que se va gestando en los años 70 es favorable de nuevo para alimentar las estrategias de *reforma o revolución*, esta última menos por la presencia o inspiración de los partidos comunistas y más por la fuerza de los movimientos político-militares. Aquélla con la generalización de grupos con denominación socialdemócratas. Los tiempos han cambiado.

La década de los 80 representa para cuatro de los cinco países centroamericanos una pérdida de casi un cuarto de siglo de desarrollo económico y social, medido por el más incierto de los indicadores, el ingreso per cápita⁵. En estos años, dos generaciones de por medio, se produjo una crisis política cuyo rasgo inédito fue la extrema violencia por el poder. La raíz de este entrapamiento es el virtual fracaso histórico de la oligarquía como fuerza dirigente –se trata de la burguesía cuyas raíces en la gran propiedad fundiaria son más decisivas que su inversión industrial ligera, o en la especulación financiera y comercial.

No hubo en América Latina expresiones del descontento social tan radicales como lo ocurrido aquí en esta década. El bloqueo político en sociedades autoritarias sin dirección dominante, alimentó de diversas maneras y en fuerzas sociales hasta entonces no coincidentes, el gusto por la vía armada con el apoyo de masas, como sucedió en Nicaragua después de 1974-1975, en Guatemala, después de 1978-1979, o en El Salvador, después de 1979-1980. Lo coetáneo de estos procesos, similares y diferentes, sumió a la región en una crisis-de-la-sociedad, porque han resultado afectados todos sus órdenes constitutivos en los que la sociedad misma se reproduce.

En su constitución y desarrollo la crisis renueva el vigor del proyecto revolucionario. Es este, propiamente, el que profundiza la crisis porque vuelve difíciles las reformas⁶. Así lo prueba, por ejemplo, las que intentaron las juntas cívico-militares en El Salvador entre 1979 y 1981. La suerte del proyecto revolucionario en los tres países donde se planteó, se va volviendo paulatinamente difícil, por motivos locales e internacionales, a lo largo de los años 80. Al final de la década se ha vuelto imposible. Conviene examinar rápidamente lo ocurrido en Nicaragua, donde la experiencia tuvo formas conspicuas.

Los sandinistas desde 1961 fueron portadores de un programa revolucionario. Era el programa histórico, original. Pero aun cuando así no hubiese sido, la doble razón de los métodos empleados y la manera como se derrumbó la dictadura somocista pusieron a la sociedad nicaragüense en el umbral de una revolución. La ejecución de este programa original fue, sobre todo, obra de «los terceristas», encabezado por Daniel Ortega. Se convierte así en la figura que representa al ejecutor eminente del proyecto de cambio. El «tercerismo» fue una de las tendencias en que se quebró el Frente Sandinista de Liberación Na-

5. Flacso / IICA: *Centroamérica en cifras*, San José de Costa Rica, 1990, pp. 45 y 67.

6. Lo que diferencia un proyecto reformista de uno revolucionario no son propiamente las reformas en sí mismas sino la oportunidad y la manera como éstas son aplicadas. La eficacia de una medida anticapitalista no se establece por el programa que la inspira sino por sus resultados finales.

cional (FSLN) a comienzos de los años 70 y se llamó así no por representar una tercera vía frente al capitalismo y el socialismo sino por su oposición a las fracciones «proletaria» –doctrinaria marxista– y de «la guerra popular prolongada» (GPP) –maoísta *latu sensu*.

La estrategia que representó Ortega tuvo un horizonte de alianzas sociales más flexible y una táctica de lucha antidictatorial más inmediata. Supieron sacar provecho del amplio encono generado por el somocismo. No se olvide que el Grupo de los 12, que representó una alianza de figuras clave de la burguesía comercial, de intelectuales y demócratas radicales, se hizo con el «tercerismo». A ellos se vincularon también importantes contingentes religiosos, incluyendo la comunidad jesuita. Esta tendencia fue la que estableció tempranamente contactos sólidos con Figueres, en Costa Rica, Torrijos en Panamá y sobre todo Carlos Andrés Pérez, en Venezuela. Castro y los cubanos apoyaron siempre a los de la GPP encabezada por Tomás Borge. Unificado el FSLN en enero de 1979, fueron los terceristas quienes facilitaron los contactos con la Internacional Socialista y con la socialdemocracia internacional.

Hoy día se discute si lo ocurrido en Nicaragua fue una revolución. Los sandinistas se propusieron *hacer reformas* cuya profundidad abriría posteriormente el paso al socialismo. Lo que sobredetermina la calidad de tales reformas es que se realizaron en el seno de un extraordinario ascenso del movimiento popular y de una profunda crisis en el interior de las fuerzas dominantes⁷. Ortega representa de esta manera un destino revolucionario que se frustra, que ilustra al mismo tiempo un sinuoso recorrido ideológico que se apoya finalmente, ya en el comienzo de los años 90, en una práctica reformista exitosa. Por la fuerza de las circunstancias históricas inmediatas –que se llama *coyuntura*– y por la textura de su personalidad política, Daniel Ortega representa la oportunidad de la mariposa reformista que nace de la crisálida revolucionaria.

En Costa Rica, el impulso reformista tiene hondas raíces históricas. Corresponde a la estructura de una sociedad que ha logrado la estabilidad y la democracia política apoyada en una estructura social menos polarizada y con una cul-

7. Recordemos solamente las huelgas y *lockouts* del primer semestre de 1979, la combinación de insurrecciones urbanas en las principales ciudades con lucha guerrillera en el campo y una huelga general en junio de este año. La fuga de Somoza y sus generales, la anécdota de Urbuyo *el efímero* y el derrumbe institucional, entre otras circunstancias, testimonian la conjunción de efectos de una profunda naturaleza crítica.

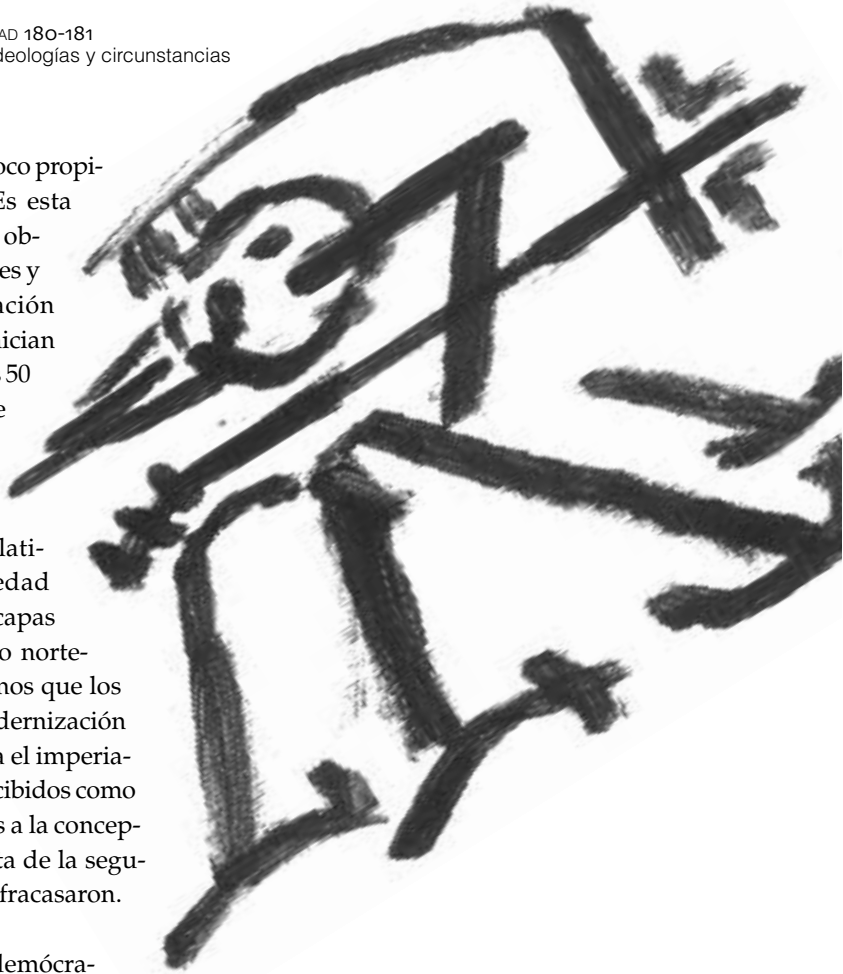
8. De la numerosa literatura sobre el PLN, menciono uno de los primeros trabajos. Carlos Araya Pochet: *Historia de los partidos políticos: Liberación Nacional*, Ed. Costa Rica, 1968; y tal vez el último, Alberto Salom Echeverría: *Los orígenes del Partido Liberación Nacional y la socialdemocracia*, Ed. Porve-

tura consensual poco propicia al conflicto. Es esta una constatación obvia. Lo que Figueres y el Partido Liberación Nacional (PLN) inician en la década de los 50 es la realización de un proyecto de desarrollo con democracia. Modernizan paulatinamente la sociedad con apoyo en las capas medias y respaldo norteamericano. Ya vimos que los programas de modernización capitalista «contra el imperialismo» fueron percibidos como amenazas directas a la concepción anticomunista de la seguridad nacional. Y fracasaron.

El Partido Socialdemócrata surge tempranamente en Costa Rica, en 1945. De este y otros grupos se formó en octubre de 1951 el PLN, cuyo programa, con señales de identidad socialdemócrata, corresponde de manera natural al que tuvieron diversos movimientos políticos similares que en la posguerra se desarrollaron en varios países de América Latina⁸. Sus cuadros intelectuales creyeron que el desarrollo económico era factible, que su efecto posterior era la democracia política; tuvieron sensibilidad para conocer la «cuestión social» en un escenario democrático y vinculada a la aparición (ascenso) de masas. Estos nuevos fenómenos sociales son calificados por José Luis Romero como movimientos de raíz liberal, paulatinamente modificados en sus líneas fundamentales por el encuentro con las masas urbanas y por la percepción cada vez más aguda de ciertos problemas sociales que se debían enfrentar⁹.

nir / Cedal, 1991. Este último constituye un sólido ensayo interpretativo sobre la naturaleza de clase y la opción ideológica en los orígenes de la socialdemocracia costarricense.

9. José Luis Romero: *Latinoamérica, situaciones e ideologías*, El Candil, Buenos Aires, p. 65.



El revolucionario se vuelve reformista y el socialdemócrata deviene liberal. No es este, por cierto, el fin de las ideologías sino la transmutación de las mismas

A esta sensibilidad corresponde la generación de liberacionistas que contribuyeron a la secularización de la vida social de Costa Rica. Y lo hicieron llamándose socialdemócratas por el impulso reformador, aun antes que la internacionalización de la Internacional Socialista alcanzara estas latitudes.

Los desarrollos de la década de los 80 volvieron frágiles la voluntad o la imaginación de las fuerzas reformadoras en Costa Rica. La eficacia de la política social se volvió pragmática y los valores oportunistas del realismo electoral dictaron el curso de las cosas. Se perdió la ruta paulatinamente, debilitando el discurso programático, ocultando el gesto renovador, sin renunciar a nada electoral. Oscar Arias representa este resultado, que ocurre en una etapa de arduos problemas económicos y sociales dictados por el reordenamiento internacional de fuerzas. Es el efecto local de la derechización de Occidente, que luego se volvería universal.

El final de la crisis desemboca en una paradoja. Oscar Arias, de tradición socialdemócrata, practica una política liberal y encarna de esta manera, con su gobierno (1986-1990), el fin de un largo periodo de reformismo modernizador. De hecho, el deslizamiento conservador empezó con Luis Alberto Monge, pero en nuestro razonamiento es Arias el que ejecuta conscientemente este final. Humberto Ortega, revolucionario, encabeza un gobierno que a partir de 1988 aplica políticas cuyo contenido de clase es claramente antipopular. Los estrechos límites que la economía –en crisis– señala a la política condicionan el resultado electoral, en el que intervienen también causas externas. El realismo «tercerista» lo convierte ahora en un socialdemócrata de izquierda.

La dicotomía tradicional reforma/revolución se empantana en esta terrible década que acabamos de dejar. El revolucionario se vuelve reformista y el socialdemócrata deviene liberal. No es este, por cierto, el fin de las ideologías sino la transmutación de las mismas. Una vez más, como a comienzos de este siglo, los desarrollos del capital alteran el sentido de las convicciones políticas y de las motivaciones ideológicas del cambio social.

La Revolución rusa abrió un espacio de experiencias extraordinarias, animadas por una esperanza utópica de justicia social que han terminado. La socialdemocracia europea acepta ahora el desborde del mercado, pero sobre todo la eficacia de la política. De la voluntad partidaria para superar el capitalismo,

ahora las fuerzas socialistas, para sobrevivir, deben aceptar simplemente administrarlo. Para las fuerzas revolucionarias no hay opción de esta coyuntura.

¿Qué es lo socialdemócrata hoy día?

La crisis política centroamericana, en estos años de violencia, se encargó de crear y romper, animar y destruir *el centro político*. La polarización social no explica pero sirve de fundamento a los extremos ideológicos, a la derecha y a la izquierda, que animaron este sangriento desencuentro. En Guatemala, El Salvador y Nicaragua la democracia cristiana y la socialdemocracia han intentado ocupar ese *centro ideológico*, animadas a veces por alianzas y disputas electorales. En la década de los 80 finalmente la victoria electoral llegó. La democracia cristiana construyó organismos partidarios con fuerte implantación popular desde la década de los 70. No así las llamadas fuerzas socialdemócratas.

En El Salvador, el Movimiento Nacional Revolucionario se funda en 1967, como un núcleo intelectual dirigido por Guillermo Manuel Ungo, animado según lo confiesa uno de sus fundadores por una ideología «socialdemócrata con tendencias revolucionarias de tipo nacional»¹⁰. En Guatemala existieron dos grupos políticos que se identificaron con la socialdemocracia, la Unión Revolucionaria Democrática que más tarde se convertiría en el Frente Unido de la Revolución, encabezado por Manuel Colom Argueta y luego el Partido Socialista Democrático, fundado por Alberto Fuentes Mohr, ambos vinculados a la Internacional Socialista y este último miembro pleno desde el XV Congreso (Caracas, 1980)¹¹.

La socialdemocracia que surge en estos dos países es claramente una opción de izquierda democrática. Buscaron en medio de la crisis una salida política, aún animados de una retórica utópica-escatológica que se pierde en los años 80 como resultado de que hacer política bajo dictadura militar supone el silencio. La intransigencia homicida los diezmó¹². Los asesinatos a manos de las Fuerzas Armadas de Manuel Colom Argueta y Alberto Fuentes Mohr a comienzos de

10. Italo López Vallecillos: «Fuerzas sociales y cambios sociales en El Salvador» en *Estudios Centro Americanos*, 7-8/1979, p. 568.

11. Fuentes Mohr señaló: «El socialismo democrático tiene como objetivo fundamental la realización y afianzamiento constante de una democracia política, económica y social. Para adelantar sus propósitos emplea los instrumentos que (...) conduzcan a distintos grados de transformación de la sociedad capitalista o a su sustitución total por un sistema socialista». Cit. por M. Solórzano, *Guatemala, autoritarismo y democracia*, Flacso / Educa, San José de Costa Rica, 1987, p. 107.

12. En los diversos ensayos del libro de Mario Solórzano aparecen importantes referencias al papel de la democracia cristiana y la socialdemocracia en la política centroamericana. Especialmente su capítulo «Centroamérica en la encrucijada», cfr.: ob. cit.

***El realismo político
 no debe convertirse en
 oportunismo político.
 Hay tendencias al
 travestismo ideológico***

1980, uno cuando acababa de lograr la inscripción de su partido, el otro cuando estaba a punto de lograrlo, no solo testimonian un difícil acomodo político, sino el extremismo a que condujo la crisis.

La diversa confrontación de las sociedades centroamericanas está presente sin duda en la receptividad diferente a las orientaciones socialdemócratas *strictu sensu*. Han aparecido intentos por romper el bipartidismo hondureño a través de una opción socialdemócrata próxima al travestismo político. No prosperó tampoco un pequeño grupo, así autocalificado, en Nicaragua, en 1981, que se situó en la oposición al sandinismo. Asistimos, no obstante las dificultades del entorno crítico, a una recuperación de los principios democráticos y socialistas en un clima conservador, donde el problema de reforma o revolución queda pospuesto *sine die*, y en el que priva el temor a una reaparición de las peores fuerzas autoritarias. Las energías se condensan en torno a la lucha por la democracia, de la democracia entendida como programa de afirmación y respeto a los derechos humanos. También se replantean las demandas por el cambio económico y social.

Este periodo de democratización electoral que vive Centroamérica es favorable para que renazcan los proyectos de modernización del sistema reformándolo, porque fue la frustración de la modernización lo que desencadenó la tormenta. Sin embargo las circunstancias de la crisis económica vuelven difícil algún logro que pueda fortalecer la legitimidad democrática. En esta época el ideario programático requiere conjugar democracia con desarrollo, justicia social y participación. Todo parece ser el componente socialdemócrata de las luchas de los años 90. ¿Acaso la socialdemocracia pudiera ser el rostro renovado de la izquierda en Centroamérica? Todo esto se parece mucho al viejo ideal de las luchas de la posguerra, es la retomada de temas vigentes durante 40 años, aún incumplidos. Ahora, como antaño, hay que *reformular el sistema*.

Las políticas de ajuste estructural lo reforman en un sentido adverso. Estas políticas han acentuado cambios importantes en el comportamiento de productores y consumidores que ya la crisis había provocado, favoreciendo conductas especulativas, debilitando lazos de solidaridad social y principalmente, y como efecto de todo esto, profundizando las disparidades existentes antaño en los patrones de distribución del ingreso. Estos resultados hacen más necesarias que nunca fuerzas políticas e ideológicas para consolidar la democracia política y darle una base social. El sufragio libre y el pluralismo ideológico con po-



breza creciente y concentración del bienestar no se compadecen entre sí. La democracia política necesita la democracia social. Pero en esta coyuntura centroamericana las fuerzas de izquierda, capaces de reivindicar esto están vencidas electoralmente en Costa Rica, en la soledad política en Honduras, negociando su ingreso al escenario de la participación política legal y tolerada en El Salvador y Guatemala. En otras palabras, extraordinariamente debilitadas, salvo en Nicaragua.

La llamada «antinomía de la modernidad», es decir, la oposición entre la racionalidad política y la libertad del mercado, entre el crecimiento económico y la participa-

ción democrática puede ser asumida históricamente y superada, a condición de salirse de la óptica liberal en que ella ha sido planteada. Es en el terreno de la política, de la vida democrática, de la ausencia de violencia y arbitrariedad que ella puede ser posible. El realismo político no debe convertirse en oportunismo político. Hay tendencias al travestismo ideológico.

¿Qué contenido debe tener la política social y democrática en esta hora difícil que exacerba el individualismo del «sálvese quien pueda»? Hay que darse cuenta de que lo que está en juego es más de lo que en el pasado quiso resolverse. Es la sociedad misma la que hay que rescatar y no solo pedazos privilegiados de ella. La opción entre libertad contractual y dirección racional puede ser resuelta si estamos convencidos de que los problemas de la sociedad los resuelve la sociedad, pero con voluntad de cambio que ahora sólo puede ser reformista. Todos estos problemas pueden ser objeto de debate, negociación y luchas que trasciendan el egoísmo en uso de los autosatisfechos, que ahora producen la ideología del conformismo. Hay que asumir los valores de la solidaridad, de la comunidad, de los que no han satisfecho ninguno de sus problemas, como fundamentos de una democracia política que tenga como base una democracia social. Un poco de esperanza, en esta hora, es más necesaria que nunca.